

gobierno parlamentario; se crearon dos grandes ejércitos nacionales que sostuvieron la república sin resabios de pretorianismo; tuvo lugar la valerosa resistencia de Salta en la frontera norte; llevóse á cabo la reconquista de Chile atravesando los Andes; consolidóse la alianza argentino-chilena, formulando el plan emancipador de la revolución argentina americanizada; preparóse la expedición al Perú; los laureles de Chacabuco y Maipu orlaron el escudo de las Provincias Unidas, y estas son las luces, que en contraste con sus sombras, iluminan las páginas de su gloriosa administración, verdaderamente histórica.

## VIII

Una sangrienta tragedia que se enlaza con los sucesos de esta época, y que debía tener una estruendosa repercusión en toda la América exacerbando los odios entre independientes y realistas, ocurría en una oscura población de las pampas argentinas á tiempo que el drama del repaso de los Andes empezaba á desenvolverse según el plan de su autor.

Encontrábase San Martín en Curimón pronto á emprender su viaje á Mendoza, cuando le llegó la noticia de que en la ciudad de San Luis había estallado una conjuración de prisioneros españoles, á que se atribuían vastas ramificaciones en ambos lados de la cordillera. Alarmado con esta novedad, escribió confidencialmente á O'Higgins: « Ahora más que » nunca se necesita haga usted un esfuerzo para auxiliar á la » provincia de Cuyo. Chile no puede mantenerse en orden » y se contagia si no acudimos á tiempo. El orden interno » nos es más interesante que cincuenta expediciones. » Al llegar á Uspallata le alcanzaban nuevos detalles sobre este suceso, y volvía á insistir sobre los auxilios pedidos, ordenando que se activase la marcha de la división argentina que debía

iniciar el repaso (60). Su gran interés por el momento era asegurar su base de operaciones y fuente de recursos subsidiarios, y hacer concurrir á Chile á este objeto, dejando para después la prosecución de sus planes sobre el Perú, que ponía al orden interno de los dos países, cuyo concurso eficiente necesitaba para realizarlos. Empero, el hecho no tenía la trascendencia que se le atribuía.

Como se explicó antes (cap. IX, § I), el valle de San Luis en que se asentaba la ciudad de este nombre, es un oasis en medio del desierto, que ligaba las comunicaciones del litoral del Plata con la cordillera de los Andes por el camino de Chile. Hallábanse allí confinados como en una isla mediterránea del océano petrificado de la pampa argentina, los prisioneros españoles de Chacabuco y Maipu, entre los cuales se contaba el pusilánime Marcó del Pont y el heroico Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado y Morla, y casi toda la oficialidad del famoso regimiento Burgos. Por recomendaciones expresas de San Martín eran tratados con toda consideración por el teniente gobernador Dupuy, quien deponiendo su ceño adusto, les dispensó las más amistosas atenciones, á punto de corregir con su autoridad la inconveniencia de algunos oficiales nacionales, que en presencia de ellos entonaron una cáncion patriótica que lastimaba sus sentimientos de realistas en la desgracia (61). Fueron alojados y atendidos generosamente con las comodidades que ofrecía la pobre ciudad cuyana, se les permitió conservar sus ordenanzas de servicio, y gozaban de una relativa libertad sin ser humillados ni molestados por una incómoda vigilancia (62). Un corto pi-

(60) Carta de San Martín á O'Higgins, de 13 de febrero en Curimón, y 18 del mismo de 1819 en Uspallata, pub. por Vicuña Mackenna en « Rel. Hist. » parte 2.ª, p. 667-669. (Arch. de O'Higgins.)

(61) « Memoria » de Manuel B. Álvarez, testigo y actor en el suceso. (M. S. en el Arch. del Dr. Ángel J. Carranza, cit. por Fregeiro en « Estud. histór. » sobre Monteagudo, p. 212.)

(62) En comprobación del aserto del texto, copiamos á continuación



quete de milicias, mandado por un oficial puntano llamado José Antonio Becerra, componía toda la guarnición de San Luis. El desierto era el centinela que los vigilaba. Ordóñez y Primo de Rivera, que vivían juntos, se entretenían en cultivar un huerto, y lo mismo que sus compañeros de desgracia, mantenían relaciones sociales con las familias de la población, en cuyo seno eran acogidos con simpatía, endulzando su cautiverio las hijas de San Luis, renombradas por su belleza.

Los prisioneros vivían resignados, y aun felices según confesión propia, en medio de succulentos banquetes, bailes, amo-

---

dos cartas de los dos principales prisioneros españoles.— *Carta de Ordóñez* : « Sr. General D. José de San Martín — San Luis y setiembre 24 » de 1818 — Señor de todo mi afecto : Uno de sus más reconocidos tiene » la osadía de importunarlo, y aunque lleno de experiencia de que todo » lo que es frívolo molesta á las personas gobernantes, no quiero privarme por más tiempo de este placer, que mucho más antes debiera » haber intentado. Tenga usted la bondad de no atribuirlo á otra cosa » sino á una moderación sin límites, y de la cual me ha sacado la visita » del amable y generoso D. Manolito Escalada, quien me debe un militar afecto de que no prescindiré en cualquier caso á que mi suerte » me conduzca. Debo inmensas atenciones á mi finísimo jefe el Sr. D. » Vicente Dupuy, y no dudo que en la superficie de mi pequeño círculo » no pueda haber mayor agrado. Mis compañeros de armas con igual » motivo así lo preconizan, y todo refluye en mi satisfacción. — Su afmo. » y muy reconocido amigo, Q. B. S. M. — *José Ordóñez*. » — *Carta de Morla* — San Luis, julio 18 de 1818 — Señor D. José de San Martín. » Muy señor mío y amigo de mi mayor respeto : La más ingrata de » las criaturas sería yo si perdiese un momento sin manifestar á Vd. el » cordial agradecimiento que respira mi corazón, por la multitud de beneficios á que le soy deudor. Á Vd. debo una nueva existencia, respirando un aire puro y gozar en fin de una suerte feliz en medio de mis » desgracias. Mucho envidio una elocuencia ciceroniana para poder expresar con alguna dignidad mis sentimientos; pero la bondad de Vd. » suple la escasez de mis palabras y los yerros de mi escrito. Hoy he » sido llamado del teniente gobernador D. Vicente Dupuy, el que ha tenido la bondad de hospedarme en su casa y socorrerme con más fuertes » cadenas que las que me acompañan en mi prisión. Adiós, mi general » y bienhechor, el cielo quiera prosperar su vida dilatados años para consuelo de los desgraciados, como se lo pide su afmo. y reconocido amigo, Q. B. S. M. — *Lorenzo López de Morla*. » (M. S. S. aut. Arch. San Martín, vols. XLIV y LXIX.)

ríos y tertulias de juego, — una de ellas la del teniente gobernador, — cuando llegó á San Luis, confinado como ellos, pero por otras causas, el doctor Bernardo Monteagudo. Ordóñez, Primo de Rivera y Monteagudo, se ligaron por una fría pero cortés relación, y juntamente con un sobrino de Ordóñez, de edad de diez y siete años, llamado Juan Ruiz Ordóñez, empezaron á frecuentar una casa de familia atraídos por tres bellas jóvenes, hermanas del alférez de milicias de San Luis, Pedro Pascual Pringles, que llegaría á ser famoso como guerrero. Según la tradición, una de las hermanas encendió una ardiente pasión en Monteagudo á la vez que en Ordóñez ó en su joven sobrino (que era el destinado á poseerla), despertándose en ellos la rivalidad política y amorosa. Coincidieron con esto las alarmas que se difundieron en todo el territorio con motivo de la generalización de la guerra civil, y con un bando que expidió el teniente gobernador (1.º de febrero de 1819), en que se prohibía á los prisioneros salir de noche y visitar las familias, fundándose en que con su trato extraviaban la opinión pública. Esparcióse al mismo tiempo la voz de que iban á ser separados y trasladados á diversos puntos, y desde entonces los prisioneros exasperados se ocuparon seriamente de poner en ejecución un plan de sublevación y fuga, que hacía como cuatro meses tenían meditado. Casualmente, al día siguiente del bando, llegaron de Mendoza veinte prisioneros más, con los que, y cincuenta y tres presos y detenidos en la cárcel y el cuartel de la guarnición, con que creían poder contar, consideraron asegurado el golpe. El número total de los conjurados, incluso ordenanzas y paisanos, no pasaba de cuarenta. El plan era prender al teniente gobernador y á Monteagudo, apoderarse de la población y de las armas, proporcionarse cabalgaduras y lanzarse á la pampa, en busca de las montoneras, según unos, pero más probablemente en dirección al sud de Chile donde la guerra de partidarios volvía á encenderse. Al efec-



to, apalabraron baqueanos, prepararon arreos de monturas, se proporcionaron algunas armas (luego se verá cuáles eran), y listo todo, quedó resuelto que el 8 por la mañana darían el golpe.

El alma de la conjuración era un simple capitán de infantería, llamado Gregorio Carretero, que es la más interesante figura de este trágico episodio. Un historiador español (Torrente) se limita á apellidarle de valiente, sin dar más noticias acerca de él, y los historiadores americanos no las adelantán. El acaso nos ha hecho descubrir un documento que proyecta una luz nueva y simpática sobre este personaje de alma intrépida, que á pesar de su inferior graduación ejercía un predominio moral sobre sus compañeros de infortunio. Carretero había pertenecido al primer batallón del famoso regimiento Burgos, que tanto se distinguió en la guerra de la Península contra los franceses, y en 1817 pasó á América con su cuerpo como capitán de la compañía de granaderos. En España era conocido por el ardor de sus ideas liberales y su odio al rey absoluto, y estaba afiliado á las sociedades secretas que preparaban el levantamiento liberal de España acaecido en el mismo año en que él moriría mártir oscuro de una bandera caída que no amaba. Antes de embarcarse en Cádiz en 1817, él y varios oficiales de su batallón habíanse concertado con uno de los agentes secretos del gobierno argentino que residía en esa ciudad, y aceptado con entusiasmo bajo juramento la idea de un plan, que tenía por objeto entenderse con los independientes del Río de la Plata á fin de promover un arreglo pacífico con ellos levantando la bandera liberal en el Perú (63). Sabido es, que,

(63) Carta del agente de Buenos Aires en Cádiz, de 30 de julio de 1819 dirigida al director Pueyrredón, con inclusión del plan á que se hace referencia en el texto, en que se dan sobre el capitán Carretero estas interesantes noticias. (Papeles de Pueyrredón en nuestro Arch. M. S. autóg.)

cada expedición militar que zarpaba de España, traía este germen liberal cuyo foco estaba en Cádiz, y que las sociedades secretas de los constitucionalistas españoles tenían sus ramificaciones en los ejércitos realistas de América, que trabajaban en un sentido análogo á este plan (64). La expedición á que pertenecía Carretero, de que ya hemos dado cuenta (cap. XVI, § III), arribó al Callao y fué destinada á formar parte del ejército de Osorio que invadió á Chile en 1818, triunfó en Cancharrayada y fué vencida en Maipu, donde cayó prisionero con todo su batallón. Tal era el hombre, que fiado en su ascendiente, concibió el plan de conjuración, comunicándolo únicamente á los más decididos para no comprometer el secreto. Fué tal la reserva, que prescindieron de Marcó del Pont, no obstante su categoría, probablemente por no considerarlo hombre de acción, y á esto debió su salvación.

En la noche del domingo 7 de febrero, invitó Carretero á sus camaradas á un almuerzo en la madrugada del día siguiente, diciéndoles que era para entretenerse luego en matar bichos en el huerto de su casa. El 8, á las seis de la mañana, estaban reunidos allí unos veinte oficiales de los prisioneros. El jefe de la conjuración los invitó á pasar al huerto, poblado de árboles. Reunidos allí á la sombra de una higuera, les brindó un ligero desayuno de pan y queso y un trago de aguardiente sanjuanino, regalo de otro prisionero español confinado en San Juan. En seguida, desenvainando un puñal y con ademán resuelto y voz imperativa les dijo: « Pues » señores, me tomo la palabra. — Los bichos que vamos á » matar es que dentro de una hora vamos á ser libres ó á » morir. Todas las medidas están tomadas, y al que se vaya

(64) Véase el opúsculo « El general Iriarte ante el tribunal de la opinión pública », p. 6, 18 y 20, en que se dan algunas noticias auténticas sobre el particular.



» ó no siga, lo mato! » Y sin esperar respuesta, procedió á distribuir unos diez cuchillos que había comprado en una pulpería á cuatro y seis reales cada uno, ordenando que los que no tuviesen armas agarrasen palos para pelear. Los más valientes, prorrumpieron en exclamaciones sordas, y los más tímidos se sintieron dominados ante la perspectiva de la libertad. Acto continuo procedió á organizar las partidas que debían atacar los diversos puntos de antemano señalados. Á un capitán Felipe La Madrid con diez hombres, lo destinó para asaltar el cuartel; al capitán Dámaso Salvador con seis hombres, para posesionarse de la cárcel y dar libertad á los presos; al capitán Ramón Cova con dos más para apoderarse de la persona de Monteagudo. Dióles la seña y contraseña convenida, y después de decirles que el teniente gobernador corría de cuenta suya y de los jefes superiores, fué á reunir con Ordóñez, Primo de Rivera y Morla que lo esperaban impacientes con sus ordenanzas armados.

Entre 8 y 9 de la mañana, la partida destinada á asaltar el cuartel llegó á sus puertas, y á los gritos de *¿qué es esto? ¿qué es esto?* que era la palabra de orden, desarmaron al centinela, penetraron por sus puertas, trabaron una lucha cuerpo á cuerpo con la guardia, á la que vencieron al fin, apoderándose de sus armas, y ocuparon las puertas de las cuadras. Entre los asaltantes hacía notar el teniente del batallón de Arequipa José María Riesco, natural de Chile, quien con un puñal ensangrentado en una mano y una hacha en la otra, se dirigió á la cuadra donde se hallaban los montoneros con que creían poder contar. Al tiempo de llegar á la puerta, salióle al encuentro un hombre de fisonomía hosca con rasgos acentuados de feroz hermosura, mirada torva, melena poblada y larga barba renegrada, quien armado de un cabo de lanza lo contuvo. Llamábase Juan Facundo Quiroga, era natural de la Rioja, tenía á la sazón treinta y un años, había sido blandengue de la frontera á órdenes de San Martín en el

fuerte de San Carlos, de donde desertara, prestando en seguida algunos servicios al ejército del norte y enrolándose por último en la montonera, por cuya causa se hallaba preso. Tal fué la aparición en la historia del hombre destinado á alcanzar una aterradora celebridad como caudillo en los fastos sangrientos de la guerra civil argentina. Su ejemplo alentó á los presos que cargaron sobre los asaltantes. Al mismo tiempo que los soldados del cuartel reaccionaban, de todos los puntos de la población acudía multitud de paisanos armados, estrechando en el patio al pequeño grupo, que fué exterminado. Salvóse únicamente Riesco mal herido. Entre los muertos, contábase al intendente del ejército realista en Chile Miguel Berrueta, que se había unido al grupo, y cayó peleando con las armas en la mano al lado del capitán La Madrid. El ataque al cuartel estaba frustrado.

La partida destinada á posesionarse de la cárcel, al llegar á la plaza, vió cruzar un hombre á caballo, que sable en mano gritaba *¡á las armas!* á cuya voz salían de los ranchos hombres armados que se le reunían. Era el comandante Becerra, cuya sola presencia bastó para dispersarla, siendo muertos por el pueblo los que la componían, con excepción de uno que se había rezagado. Los destinados á prender á Monteagudo, no alcanzaron á llegar á su casa y fueron sacrificados aisladamente en distintos puntos, menos uno, el teniente Juan Burguillos, que se reunió á Ordóñez.

Poco antes del asalto del cuartel, presentábanse á la puerta de la casa del teniente gobernador, — que se hallaba situada en una esquina de la plaza, — Carretero, Morgado y Morla, solicitando una audiencia, que les fué concedida en el acto. Al entrar á su despacho, lo encontraron en compañía de su secretario el capitán de milicia Manuel Rivero, y el doctor José María Gómez, médico español confinado, de temperamento tan tímido, que por no comprometerse intimando relaciones con sus compatriotas enfermos, les tomaba el pulso



sin apearse de su mula (según confesión propia), por lo que había sido reprendido por Dupuy, al recomendarle los asistiese con más cuidado. Después de cambiar saludos, Carretero, sacando un puñal del pecho se precipita sobre Dupuy, quien con un golpe violento le hace saltar el arma de la mano. Atacado por Morgado, hombre corpulento y de fuerza hercúlea, lo rechaza de un puñetazo. Acude Morla, y entre los tres lo derriban al suelo, sin herirlo, lo que prueba que no querían atentar contra su vida. En ese momento aparecen Ordóñez y Primo de Rivera, seguidos por sus dos ordenanzas que traían al soldado que guardaba la puerta, la que por precaución dejaron cerrada. Pero antes de entrar, habíanse encontrado con el médico Gómez y el capitán Rivero que salían dando gritos de alarma, recibiendo este último una puñalada que le asestó Burguillos por la espalda. Cuando se creían dueños de la situación y se disponían á imponer al teniente gobernador sus condiciones, oyeron ruidosos golpes y grandes gritos á la puerta de calle: ¡*mueran los godos!* Era el pueblo encabezado por el alférez Pringles, que después de acabar con las partidas asaltantes en el cuartel y las calles, venía en auxilio del teniente gobernador. Sintiéndose perdidos los jefes de la conjuración, parlamentaron con Dupuy, y éste, empuñando un sable salió al patio y abrió la puerta. La multitud enfurecida precipitose sobre los jefes conjurados, matando á Ordóñez, Morla y Carretero. Morgado fué muerto por el mismo Dupuy. Primo de Rivera se refugió en el aposento de Dupuy, y encontrando allí una carabina cargada, se hizo saltar el cráneo.

El proceso fué instruido por Monteagudo, avezado á este género de procedimientos, tocándole por la tercera vez desempeñar el papel de juez sangriento. Como en la causa de los Carrera en Mendoza, formuló el dictamen y la sentencia de muerte, aconsejando que se ejecutase sin demora ni previa consulta. Así se hizo. De los cuarenta conjurados, veinte

y cuatro habían muerto en la refriega. De los diez y seis que sobrevivieron, algunos de ellos heridos, siete fueron fusilados, presenciando el suplicio ocho que eran meros cómplices pasivos. El único que salvó de esta hecatombe, fué el sobrino de Ordóñez, cuya sentencia se suspendió en consideración á su corta edad ó tal vez por las influencias tiernas que fueron causa inocente de la catástrofe, sometiéndola á la decisión del general San Martín. Éste, llegó á San Luis en los primeros días de marzo, llamó á su presencia al joven Ruiz Ordóñez, que le fué presentado con un grillete y una gruesa cadena á la cintura; condolido de su situación, le hizo sentar en una silla, llamó un herrero que le limase los hierros y le perdonó la vida. Después de hacer poner en libertad á Juan Facundo Quiroga, que desde ese día le profesó una entusiasta admiración y afecto, el general regresó á Mendoza, adonde lo llamaban urgentemente las complicadas atenciones del repaso de los Andes.

La matanza de San Luis, bien que justificada por las duras leyes de la guerra, levantó un grito de ira y de venganza en las filas de los ejércitos españoles que peleaban en América. La guerra á muerte entre los partidarios recrudesció en las fronteras de Arauco y en las montañas del Alto Perú. Mantúvose empero en condiciones regulares la que continuaron haciéndose los ejércitos beligerantes, merced á la política humana iniciada por San Martín, que sus victorias hicieron prevalecer (65).

(65) Esta narración, se funda en los siguientes documentos: 1.º «Causa criminal» seguida contra los conjurados y docs. correlativos del Arch. general, M. S. S. 2.º Correspondencia oficial de Dupuy y Luzuriaga con San Martín sobre el particular. M. S. Arch. San Martín, vol. XLIV. 3.º Carta de Ruiz Ordóñez sobre el suceso, escrita en Barcelona en 1867. M. S. Arch. idem, vol. cit. 4.º Docs. oficiales sobre lo mismo, publicados en la «Gaceta de Bs. Aires», núms. 110, 111 y «Extraordinaria» de 22 de febrero de 1819. Compárese con las narraciones que de este suceso han hecho: Vicuña Mackenna en «Rel. Hist.» y «Guerra á